

LOS PATRIARCAS Y LAS BENDICIONES PATRIARCALES

L e c c i ó n 1 0

El objetivo de esta lección es comprender la función de los patriarcas y prepararnos para recibir nuestra bendición patriarcal.

Introducción

El Señor ama a todos sus hijos y desea bendecirlos; sin embargo, son nuestras acciones las que determinan hasta qué grado Él puede bendecirnos. El presidente Joseph F. Smith dijo: "...toda persona recibirá su justo galardón por el bien que haga y por cada uno de sus hechos; pero téngase presente que todas las bendiciones que recibamos, bien sea aquí o allá, deben venir a nosotros como resultado de nuestra obediencia a las leyes de Dios sobre las cuales se basan dichas bendiciones" (*Doctrina del Evangelio*, pág. 121).

Cuando recibimos nuestra bendición patriarcal se nos dan a conocer muchas de las bendiciones que nuestro Padre Celestial tiene reservadas para nosotros en este mundo y en la eternidad, las cuales recibiremos si somos fieles y justos. El saber con anterioridad acerca de estas bendiciones puede motivarnos a ser dignos de recibir las bendiciones prometidas.

¿Qué es un patriarca?

Los patriarcas son padres. Adán fue el primer patriarca; como tal, fue responsable de bendecir a su posteridad y ayudarla a vivir rectamente. Uno de los últimos actos de servicio que Adán llevó a cabo por sus hijos fue el de darles una bendición patriarcal.

- Pida a los integrantes de la clase que lean D. y C. 107:53–57.

En una visión, José Smith vio a Adán reuniendo a sus hijos y dándoles bendiciones patriarcales; luego vio que el Señor se les apareció y que Adán profetizó lo que le sucedería a su posteridad. Al hablar de ese gran acontecimiento, el profeta José Smith dijo: "Esa fue la razón por la que Adán bendijo a su posteridad; quería llevarlos a la presencia de Dios" (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 184).

La palabra *patriarca* es también el título de un oficio del Sacerdocio de Melquisedec. En la organización de la Iglesia en los tiempos de Jesús, a los patriarcas se les llamaba evangelistas (véase Efesios 4:11). Cuando se restauró la Iglesia, también se restauró ese oficio del sacerdocio. José Smith explicó que “el evangelista es un patriarca... Dondequiera que la Iglesia de Cristo se halle establecida sobre la tierra, allí debe haber un patriarca para el beneficio de la posteridad de los santos” (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 179).

La mayoría de las estacas de la Iglesia cuentan por lo menos con un poseedor digno del Sacerdocio de Melquisedec a quien se llama y se ordena, bajo la dirección del Quórum de los Doce, para ser el patriarca de la estaca. Como sumo sacerdote, tiene la autoridad de llevar a cabo cualquier deber que realiza un sumo sacerdote; pero, en su calidad de patriarca, tiene también la responsabilidad específica de dar bendiciones a los miembros de la estaca que desean recibir su bendición patriarcal.

Los patriarcas tienen el derecho de dar bendiciones patriarcales en el nombre del Señor, para lo cual reciben inspiración. Esas bendiciones nos brindan consuelo en momentos de pesar o de dificultades, fortalecen nuestra fe y ayudan a motivarnos a ser dignos de las bendiciones que el Señor tiene reservadas para nosotros (véase *Doctrina de Salvación*, 3:161).

¿Qué es una bendición patriarcal?

- Muestre la ayuda visual 10-a, “Las bendiciones patriarcales revelan nuestro linaje y nos prometen bendiciones que se pueden obtener mediante una vida recta”.

En 1957, la Primera Presidencia de la Iglesia explicó que una bendición patriarcal contiene una declaración inspirada del linaje, así como instrucciones y promesas inspiradas y proféticas en cuanto a nuestra misión en la vida. Esas bendiciones incluyen promesas de dones espirituales, bendiciones temporales, consejo y advertencias que nos ayudarán a cumplir dicha misión (véase la Carta de la Primera Presidencia a los presidentes de estaca, 28 de junio de 1957).

Una parte importante de la bendición patriarcal es la declaración de nuestro linaje, que nos dice por medio de cuál tribu de Israel recibimos nuestras bendiciones. A causa de nuestro linaje, tenemos el derecho de recibir, de acuerdo con nuestra rectitud, las mismas bendiciones que se le dieron a Adán, Abraham, Jacob y a otros grandes Profetas de Dios (véase Eldred G. Smith, “Todos podemos participar de la bendición de Adán”, *Liahona*, febrero de 1972, págs. 41–42).

Cuando nos unimos a la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, nos convertimos en herederos de nuestro Padre Celestial, lo cual significa que recibiremos todas las bendiciones que Él tiene para



10-a, Las bendiciones patriarcales revelan nuestro linaje y nos prometen bendiciones que se pueden obtener mediante una vida recta.

nosotros, siempre y cuando vivamos vidas rectas. Ésas son las mismas bendiciones que se le prometieron a Abraham. Los miembros de la Iglesia son descendientes directos de Abraham, o adoptados en una de las tribus de Israel, porque han aceptado el Evangelio verdadero (véase Romanos 8:14–17; Gálatas 3:26–29; D. y C. 86:8–10).

Otra parte importante de las bendiciones patriarcales es el conocimiento que recibimos de nuestra misión en esta vida. Por medio de nuestra bendición patriarcal, nuestro Padre Celestial nos hace saber cuáles son los propósitos de nuestra vida aquí en la tierra y cómo realizarlos. Sin embargo, el cumplimiento de nuestras bendiciones es condicional.

El élder John A. Widtsoe enseñó que algunas de esas bendiciones puede que no se reciban en esta vida: “Debe tenerse siempre en cuenta que el cumplimiento de las promesas puede realizarse en esta vida o en la venidera. Ha habido personas que tuvieron problemas de fidelidad sólo porque las bendiciones prometidas no se vieron realizadas en esta vida. Esas personas no pudieron recordar que, en el Evangelio, la vida y sus actividades continúan eternamente y que las labores de la tierra continúan en los cielos” (véase *Evidences and Reconciliations*, arr. G. Homer Durham, 3 Tomos, Tomo I, 1960, pág. 323).

- Pida al miembro de la clase que haya asignado previamente que comparta su testimonio sobre la guía y el apoyo que su bendición patriarcal ha representado en su vida.

El recibir la bendición patriarcal

Para recibir nuestra bendición patriarcal debemos cumplir con ciertos requisitos personales. Debemos:

1. Ser miembros bautizados y dignos de la Iglesia.
2. Tener el deseo de recibir la guía del Señor.
3. Haber estudiado el Evangelio y conocer el propósito de las bendiciones patriarcales.
4. Tener suficiente madurez como para apreciar la importancia de la bendición y como para recibir aliento de ella.
5. Recibir una recomendación de nuestro obispo o presidente de rama.
6. Fijar una cita con el patriarca de la estaca para recibir nuestra bendición patriarcal.

Antes de recibir nuestra bendición debemos orar con el fin de prepararnos espiritualmente, y para que el patriarca reciba inspiración en nuestro favor. También podemos ayunar para ir mejor preparados.

- Pida a la persona asignada que describa la forma en que se preparó para recibir su bendición patriarcal.

Cuando los patriarcas nos dan la bendición, la registran y nos dan una copia impresa de esa bendición. Otra copia queda archivada en los registros oficiales de la Iglesia, de manera que, en caso de que alguno perdiera la suya, pueda solicitar otra copia a la Iglesia.

Debido a que la bendición patriarcal es personal y sagrada, debe conservarse en un lugar seguro, pero también conveniente; solamente debemos compartir su contenido con nuestros familiares cercanos. Con el fin de obtener el mayor beneficio de nuestra bendición patriarcal, debemos estudiarla a menudo, de ese modo podremos saber lo que debemos hacer para recibir las bendiciones que se nos prometieron.

Conclusión

El siguiente relato muestra cómo una persona fue bendecida cuando trató fielmente de seguir el consejo que se le dio en una parte de su bendición patriarcal:

“Siempre había sentido dentro de mí que yo tenía algún propósito en la vida y que llevaría a cabo una gran misión, pero no sabía cómo iba a realizarla, ya que había llegado a la edad adulta sin saber leer ni escribir adecuadamente.

“Yo creía que era tan listo como los demás muchachos, pero mi registro escolar indicaba algo diferente: estaba reprobando todas las materias. Algunos exámenes especiales relacionados con la lectura indicaron que no era muy inteligente, por lo que quizás ni siquiera debería intentar nada por mi cuenta sin que antes alguien me capacitara. Las habilidades escolares básicas, que para otros jóvenes resultaban muy sencillas, para mí eran demasiado difíciles; en cierta oportunidad, un compañero me pidió que escribiera la palabra *gas* y no lo pude hacer. Con un registro escolar colmado de fracasos, comencé a sentir que debía ser verdaderamente tonto, tal como la gente pensaba desde hacía tiempo y ya se estaba comenzando a comentar.

“Me ‘gradué’ de la secundaria sólo porque éste parecía ser el modo más sencillo para la escuela de deshacerse del problema de intentar educar a un alumno que consideraban incapaz de aprender incluso las habilidades de lectura de tercer grado.

“Aunque parezca extraño, mi primer contacto con las verdades del Evangelio restaurado tuvo lugar cuando tenía catorce años de edad e intentaba leer uno de los libros que había encontrado en una estantería de mi casa. Me había topado con un ejemplar del Libro de Mormón que pertenecía a mi madre, quien se había bautizado en la Iglesia en el área rural de Tennessee muchos años antes. Pero, debido al aislamiento de la zona, ella no había tenido mucha comunicación con otros miembros de la Iglesia y nunca se le había enseñado mucho acerca del Evangelio, así

que se había inactivado casi enseguida y por eso le faltaba conocimiento y el deseo de enseñar a sus hijos el Evangelio según se encuentra en el Libro de Mormón.

“Luché al tratar de leer el testimonio de José Smith: leía solamente las palabras sencillas y salteaba las que no comprendía, por tanto, no era de extrañar que a veces leyera sin hallar ningún significado, pero por alguna razón sentí la influencia de un espíritu sobre mí y tuve la seguridad de que lo que estaba intentando leer era verdadero. Lo que fui capaz de leer me hizo sentir el deseo de saber más sobre la Iglesia, por lo que, al siguiente domingo por la mañana, atravesé la ciudad pidiendo a los autos que pasaban que me llevaran para asistir a los servicios de la Iglesia mormona. Eso fue el comienzo de un período de ocho años en los que pasé obteniendo poco a poco un testimonio del Evangelio, testimonio que llegó a ser tan grande que finalmente... entré en las aguas bautismales a la edad de veintidós años.

“Ahora que era miembro de la Iglesia y que me hallaba en camino hacia la exaltación celestial, no me hallaba satisfecho con mi falta de instrucción ni con mis logros personales. Deseaba progresar como persona valiosa y útil en el Reino de Dios y, para lograrlo, debía aprender muchas cosas, incluso a leer.

“Entonces hice lo que siempre se nos ha aconsejado hacer cuando tenemos que tomar decisiones y hacer planes que afecten nuestro progreso eterno: pedí al Señor Su guía, la cual recibí en una bendición patriarcal, en la que se me dijo:

“Eres un alma escogida ante los ojos de Dios, como lo fue Pablo en la antigüedad, un siervo escogido a quien se dio poder y habilidad para cumplir una buena obra. Continúa en tu búsqueda de conocimiento y ora pidiendo sabiduría para que con tu inteligencia puedas glorificar al Padre’.

“Si el Señor pensaba que yo era capaz de aprender, entonces ¡podía aprender! Pero a pesar de esto, me di cuenta de que esa bendición no podía considerarla como un hecho, que no se cumpliría automáticamente sin que previamente hubiera meditación y acción de mi parte. El cumplimiento de esa bendición, como sucede con todas las bendiciones patriarcales, se me prometió de acuerdo con mi dignidad y mi voluntad de hacer las cosas necesarias para lograr dichas bendiciones.

“Tenía fe de que con la ayuda del Señor podría aprender si tan solo me aplicaba, cosa que hice, por lo que estudiaba desde las 6 de la mañana hasta la medianoche, seis días a la semana.

“Gasté trescientos dólares en un juego de discos que contenía las letras del alfabeto en términos básicos. Pasé noche tras noche memorizando el alfabeto, pronunciando las letras, con el fin de autoenseñarme a leer

y a escribir. Aún me resultaba difícil deletrear bien, pero podía leer separando fonéticamente las palabras hasta que las comprendía.

“Lleno de confianza en mi recién adquirida habilidad de leer y escribir, me matriculé en la Universidad del Estado de Ohio, donde intenté tomar notas de las clases que daban los profesores a medida que éstos hablaban, pero tuve dificultades para escribir. Todavía dividía las palabras fonéticamente y, como consecuencia de ello, solamente podía tomar apuntes de una pequeña porción de las explicaciones de los profesores; y, sin los apuntes precisos y completos, era imposible para mí estudiar y prepararme adecuadamente para los exámenes, por lo que nuevamente mis intentos académicos fracasaron y me vi obligado a abandonar la universidad.

“Me sentía desanimado y comencé a dudar de mi habilidad de alcanzar logros académicos, pero se me había dado una bendición y una promesa de que *podía* aprender, así que, comprendiendo que el cumplimiento de la bendición descansaba únicamente en mi fe y en mis obras, continué trabajando para mejorar la ortografía y la lectura.

“Dado que aceptaba la palabra del Señor de que me bendeciría si yo hacía mi parte, me matriculé en el Colegio Universitario Ricks, en Rexburg, Idaho. Nunca falté a mis obligaciones como maestro orientador ni dejé de atender las responsabilidades que la Iglesia había delegado en mí —y estudiaba dieciocho horas al día. Aún tenía que esforzarme para leer, pero ya podía reconocer inmediatamente algunas palabras, a diferencia de antes que tenía que dividir las. Cuando iba a tomar un examen, memorizaba *cada* palabra de mis notas, a fin de poder escribirlas correctamente durante el examen. Cuando salí del Colegio Universitario Ricks, podía leer bien, llegué a ser un alumno con honores y me gradué con un alto promedio de calificaciones.

“Y ahora tengo el título de licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Brigham Young y completé con buenas calificaciones los estudios que deseaba.

“La promesa del Señor de que se me había dado la ‘habilidad para llevar a cabo una buena obra’ se había cumplido, tal como se cumplirán las demás promesas de mi bendición patriarcal si tengo fe en Él y trabajo para lograr que se cumplan” (Dorvis Rodgers, “You Shall Glorify Your Father in Heaven with Your Intelligence”, *When Faith Writes the Story* de Margie Calhoun Jensen, 1973, págs. 34–37).

Ese joven se preparó y fue obediente; y como resultado de ello, su bendición patriarcal fue una fuente de guía y de consuelo para él; nosotros también debemos ejercer la misma fe para alcanzar las bendiciones que se nos prometen en nuestra bendición patriarcal.

Cometidos

Si no han recibido su bendición patriarcal, prepárense para recibirla.

Si ya han recibido su bendición, léanla con frecuencia y esfuércense por vivir dignamente para poder recibir las bendiciones prometidas.

Pasajes adicionales de las Escrituras

- Génesis 49:1–28 (el patriarca Israel bendice a sus hijos).
- D. y C. 107:39–56 (los Doce han de ordenar ministros; el sacerdocio patriarcal en tiempos antiguos).
- D. y C. 124:91–92 (los patriarcas reciben las llaves para dar bendiciones).
- Moisés 6:1–6 (se guarda un libro de recuerdos para bendecir a los hijos de Adán).

Preparación del maestro

Antes de enseñar esta lección:

1. Pida a un integrante de la clase que haya recibido su bendición patriarcal que comparta su testimonio de la guía y la bendición que es en su vida. (Recuérdale que la bendición patriarcal es personal y que no se debe leer a los demás, por esa razón, no debe ser muy explícito en cuanto a las promesas e instrucciones que se dan en ella).
2. Asigne a otro miembro de la clase para que explique cómo se preparó para recibir la bendición patriarcal.
3. Asigne a algunos integrantes de la clase para que presenten historias, pasajes de las Escrituras o citas que considere apropiados.